



HAL
open science

Americanismo e Hispanidad. La dialéctica de la argentinidad según el Ortega del exilio (1939-1942)

Eve Fourmont Giustiniani

► **To cite this version:**

Eve Fourmont Giustiniani. Americanismo e Hispanidad. La dialéctica de la argentinidad según el Ortega del exilio (1939-1942). Congreso internacional "Ortega y América. Centenario de su primer viaje a la Argentina (1916-2016)", Fundación Ortega-Marañón Madrid; Fundación Ortega y Gasset Argentina, Sep 2016, Buenos Aires, Argentina. hal-01741635

HAL Id: hal-01741635

<https://hal.science/hal-01741635>

Submitted on 23 Mar 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

CONGRESO INTERNACIONAL
ORTEGA Y AMÉRICA. Centenario de su primer viaje a la Argentina (1916-2016)
Buenos Aires, 7 al 9 de septiembre de 2016



Americanismo e Hispanidad. La dialéctica de la argentinidad según el Ortega del exilio (1939-1942)

Eve FOURMONT GIUSTINIANI

Aix Marseille Univ, CNRS, UMR 7303 TELEMME, Aix-en-Provence, France
eve.fourmont@univ-amu.fr

El tercer viaje de Ortega a Argentina se hizo en las difíciles circunstancias de su exilio. Al llegar a Buenos Aires, en septiembre de 1939, ya llevaba tres duros años fuera de su país; llegaba con la intención de afincarse duraderamente. Contaba con un programa de cursos y conferencias organizados de antemano gracias a la ayuda de Victoria Ocampo y Elena Sansinena de Elizalde, fieles amigas que siempre le brindaron su apoyo. Ortega pronto retomó la actividad intelectual y volvió a planear viajes, libros y proyectos editoriales. Esta tercera instancia porteña —que al final sólo llegó a durar tres años— fue marcada por una intensa actividad pública. El filósofo, precedido por su fama, dictó numerosas clases y conferencias, y no pretendía dejar de lado los problemas de su tiempo. Al contrario, quería tratarlos desde y mediante el desarrollo de su filosofía de la razón vital e histórica, que iría desplegando durante estos años en dirección de la sociología. Asimismo, Ortega tomaba la decisión de romper el voto de silencio tomado con la Guerra Civil española.

El propósito de la presente comunicación es dar una lectura contextualizada de los discursos pronunciados por Ortega, durante su exilio porteño, sobre la idiosincrasia argentina y las relaciones culturales entre la excolonia y la madre patria. Se trata de determinar lo que estaba en juego detrás de los proyectos de intervención intelectual que forjó durante este periodo; en otras palabras, de entender la estrategia que motivó este discurso sobre argentinidad e hispanismo, el significado que llegó a tener este discurso para sus destinatarios argentinos y el uso que hicieron

del él otros actores implicados en esta relación: las autoridades políticas españolas. Se analizarán así los principales rasgos de estos conceptos en Ortega y se repararán las recuperaciones de las que fueron objeto en el contexto políticamente tenso de su exilio, antes de valorarse el alcance político del proyecto cultural más destacado de Ortega durante su exilio: la colección editorial “Conocimientos del Hombre”.

Idiosincrasia de la vehemente argentina

El regreso del hombre a la defensiva

Al llegar a la capital argentina, tal como durante sus anteriores viajes, a Ortega le impresionó la sensación de vitalidad desbordante y comunicativa que emanaba de la ciudad. En todas sus conferencias y cursos porteños de aquel año 1939, multiplicó las declaraciones autobiográficas referentes a su estado de salud convaleciente — los primeros años de su exilio, en Francia y Holanda, habían sido marcados por la enfermedad— y a su sentimiento de experimentar un “brote de cósmica savia”¹ que venía a rejuvenecerle. Esta sensación se debía a la peculiar atmósfera de la capital, a su “ritmo ascendente”². El pueblo argentino era según él un pueblo adolescente, caracterizado por la impetuosidad y la impertinencia de la juventud, pero también un pueblo prometedor, al cual el futuro se le presentaba bajo la forma de una multitud de oportunidades.

Pero Ortega siempre iba matizando esta impresión positiva, porque de cierta forma desconfiaba de la capacidad de los porteños a entender correctamente tanto su filosofía como su postura política, y les reñía por su inmadurez. Con el ensayo que escribiera a la vuelta de su viaje el 1928, “El hombre a la defensiva”, había hecho públicas estas críticas; ahora, en una situación vital más que delicada — la de un duro exilio, en un contexto políticamente muy complejo— era él mismo el hombre a la defensiva. Los textos escritos durante estos años están marcados por una concepción ambivalente, a mitad de camino entre gratitud y desconfianza, del pueblo argentino.

Estas notas de carácter autobiográfico, que introducían casi todos sus artículos, clases o conferencias redactados en Buenos Aires, le servían siempre para enlazar con consideraciones de orden sociológico, ya que en estos temas se concentraba su atención filosófica desde el principio de la década. Algunos juzgaban presuntuoso que aquel hombre, que sólo había viajado un par de veces a la capital austral, pretendiera revisar la idiosincrasia argentina. Con lo cual el filósofo desplegaba muchos esfuerzos para justificar su posición. Se excusaba por cometer el inevitable “error del viajero”³, alegando sin embargo que su punto de vista distanciado sobre Argentina le permitía

¹ La cita se encuentra en la sexta clase que dictó Ortega el 6 de diciembre de 1939 en la asociación de Amigos del Arte, en la calle Florida, en la cual Elena Sansinena de Elizalde le convidó a hablar. Citamos respecto a la versión estenotipada de las conferencias de 1939 y 1940 conservada en el archivo Ortega y Gasset de Madrid (en adelante: AOG), que presenta diferencias con la versión publicada póstumamente, que recoge las clases que con el mismo título dictó en Lisboa. Esta versión se encuentra en el AOG, fondo “Manuscritos”, bajo la referencia B-146/1 (omitida en adelante). La cita en el folio (fº) 102.

² Como lo apuntó en uno de sus papeles de trabajo: “En resolución a lo que más se parece Buenos Aires es a la antigua Roma. Se siente un viento ágil y sin inercia o cansancio. Es un rebrote de vida en ritmo ascendente. Todos los pueblos europeos viven, en cambio, en descenso. Nacido en esta edad un hombre de oído para las cosas mejores “humanas” nada mejor puede hacer que transplantar (sic) su vida a Buenos Aires”. AOG, Fondo “Notas de Trabajo” (en adelante NT), Carpeta “Actualidad I: mundo y vida actuales”, subcarpeta “Argentina. Hispano-América”, NT-10/5/8/fº1.

³ Sobre la concepción del viaje y el « error del viajero » como método de conocimiento de Ortega, ver Ignacio BLANCO ALFONSO, *El periodismo de Ortega y Gasset*, Madrid : Fundación José Ortega y Gasset/ Biblioteca Nueva, 2005, chap. « Ortega como cronista de viajes », pp. 199-250. Ortega apunta también en una nota de trabajo inédita : “Una nación no entiende de otra. La verdad del viajero, el error. Mi error holandés y mi error argentino”. (AOG, NT, Carpeta “Conferencia en la Argentina: (sobre sí mismo, España y Argentina)”, AOG, 19/5/11/fº7.

³ *El hombre y la gente* (en adelante HG), curso de 1940, lección III, fº190.

percibir de un vistazo lo que los propios Argentinos ya ni veían⁴. Y sobre todo, evitaba los temas políticos, antes que nada para protegerse: natural cautela del exiliado que huyó de su país por ver su seguridad amenazada⁵. Sin embargo, nada más llegar al puerto de Buenos Aires, el 31 de agosto de 1939, explicó a los periodistas allí reunidos que había venido para romper su silencio, pero que lo haría en su tiempo, desde la calma del aula⁶.

Composición demográfica, estructura urbana y social

De este modo Ortega se aplicó, en cada discurso, clase o conferencia dictado durante su exilio argentino, en deslizar alguna que otra teoría aplicable a la actualidad argentina e internacional. Sus consideraciones sobre la idiosincrasia porteña eran una forma de ejemplificar su doctrina del hombre y la gente, y de mostrar cómo podía funcionar la razón histórica aplicada a un ejemplo concreto. Tal como lo declaró en un curso dado en Amigos del Arte, Ortega soñaba con desarrollar una “sociología de las Babilonias” a partir del ejemplo de Buenos Aires.

Esbozó así a lo largo de sus clases (después de tomar diversos apuntes sobre el tema, reunidos en interesantes carpetas del Archivo Ortega cuyo análisis extensivo desgraciadamente no cabe en estas líneas) una descripción de la composición demográfica de la sociedad argentina, en cuanto proveniente a la vez del éxodo rural y la inmigración.

Oponiendo la dinámica del desarrollo urbano a la de poblamiento del interior, ponía en relación los usos de la vida rural, la mentalidad provincial, la estructura familiar patriarcal propios del pueblo argentino, que le parecían unas características llenas de virtudes: según él, venían a paliar los efectos perversos de la industrialización y la urbanización galopante del país⁷. El rápido crecimiento urbano de Buenos Aires se debía en efecto al aflujo migratorio y explicaba la reorientación de la economía argentina hacia la “factoría”.

De ahí desarrollaba (en particular en un texto hasta hace poco inédito, titulado “Don Quijote de la papirolas”) unas consideraciones de tipo urbanístico sobre el crecimiento segmentado de la ciudad, parecido al de un “animal anélido”. Ello se debía a la velocidad de su desarrollo, similar a una “proliferación”⁸: la ciudad de Buenos Aires, decía, “ha crecido, sobre todo mecánicamente, por advenimiento y anexión de cientos de miles de extraños, gentes de las razas más remotas entre sí y más heterogéneas”. Ello venía a su vez a explicar el carácter inconexo de su estructura social. En una nota de trabajo Ortega enjuiciaba así el “falso cosmopolitismo” de esta ciudad que vivía

⁴ ¿Cómo evolucionó el país entre 1928 y 1929? “Yo que soy viejo aficionado a Buenos Aires, —virtud que ni el más impertinente me puede disputar—, viajero reincidente [...], estoy en una situación excepcional para apreciarlo”, estimaba Ortega en *El Hombre y la gente* (curso de 1940), lección III, fº190.

⁵ Las condiciones en las que Ortega se fue de España poco después de empezar la Guerra Civil son conocidas. Ver el eficiente resumen de Javier ZAMORA BONILLA en *Ortega y Gasset*, Plaza y Janés, 2007, pp. 409 *sqq.* Dedicamos nuestra tesis doctoral a la biografía intelectual del filósofo del Escorial (*Une biographie intellectuelle de José Ortega y Gasset pendant l'exil (1936-1946) : silence politique ou collaboration passive?*) dirigida por Paul Aubert, Université de Provence, 2008, 1224 p., disponible en la Fundación Ortega/Marañón en Madrid, y pronto en el archivo electrónico abierto AMU-HAL. Sobre las circunstancias de su salida de España, ver las pp. 50-70.

⁶ Al parecer, Ortega dio al llegar un comunicado de prensa cuya versión casi íntegra puede leerse en el artículo “Arribó ayer el señor José Ortega y Gasset”, *La Prensa*, 30. VIII. 1939; varios artículos de prensa recogen partes del comunicado amenazadas con consideraciones biográficas y descripciones de su desembarco. En los días siguientes accedió a dar dos entrevistas particulares a periodistas: “«Hablaré oportunamente; a eso he venido», declara Ortega y Gasset”, *La Razón*, 30. VIII. 1939 y “Unas palabras del maestro a El Diario Español”, *El Diario Español*, 31. VIII. 1939.

⁷ “Balada de los barrios distantes”, en *Obras completas*, Madrid: Taurus (en adelante OC), tomo IX, pp. 227 *sqq.*; HG, 1940, lección III, fº192.

⁸ HG (1940), III, fº189.

de la aportación extranjera sin haber logrado integrarla a sus propias estructuras vitales⁹. En este sentido apuntó también, en otra nota inédita, el “carácter dispersivo” de la vida de Buenos Aires:

“Me parece notar en la vida de B[uenos] A[ires] —no sé si será así en el resto del país— lo que yo llamaría “carácter dispersivo”. El individuo no vive en y con un amplio grupo social. Cada uno conoce poca gente y no ve con frecuencia a los que conoce. Los barrios de B[uenos] A[ires] no se articulan en ciudad. Podía también frente a una estructura unitaria de la vida hablarse de una vida segmentada, en que cada trazo vive por sí y es segregable del resto. Tal vez esto es característico de un pueblo que está en formación cuando ésta es aluvial”¹⁰.

Al subrayar este “carácter dispersivo” de la vida porteña, Ortega le daba primero una explicación a su propia y paradójica impresión de que la ciudad ofrecía, a pesar de su frenesí, un panorama cultural y social “enrascado, parco de estímulos vitales”¹¹. Y reparaba sobre todo en lo que para él era el problema más acuciante del país: su necesidad de cohesión social.

De este modo, Ortega planteaba nada menos que la cuestión candente de la construcción de la nación, céntrica en los debates políticos de la época. La nación, según el filósofo, debía fundarse en un “proyecto sugestivo de vida en común” cuyas bases se encontraban necesariamente, a su entender, en la historia del país¹². La cuestión era tanto más urgente cuanto que la “forma de vida” actual del pueblo argentino se estaba “agotando”. Con lo cual era ahora —declaraba Ortega en una conferencia en La Plata que justamente tituló “Meditación del Pueblo Joven”— cuando iba “a empezar la historia de América en todo el rigor de la palabra: esa primera juventud que es la adolescencia termina, la cuesta se inicia. [...] Buena suerte, argentinos, en esa historia que para ustedes comienza”¹³.

Colonialismo y criollismo

El pensador, enlazando la metáfora vitalista del ciclo de vida de una civilización con el rastreo de las grandes etapas históricas atravesadas por el país, atribuía el carácter juvenil del pueblo argentino a su origen colonial. En su conferencia de La Plata, definía así el fenómeno colonial:

“la colonización consiste en que hombres de pueblos viejos y muy avanzados en el proceso de su civilización caen en tierras menos civilizadas, es decir históricamente más jóvenes. [...] la vida del colonizador, hombre de vieja raza, se rejuvenece al contacto con una tierra como adolescente”.

Esta definición, también expuesta la semana anterior en ocasión de un discurso en la Institución Cultural Española, le daba al pensador una ocasión de proporcionar una interpretación de las relaciones entre España y Argentina, tema nada inocente en aquel contexto: se trataba de celebrar el 25° aniversario de esta institución, bajo los auspicios del presidente de la República argentina, compartiendo la tribuna con una pléyade de personajes pertenecientes a las derechas argentinas y españolas¹⁴. Si en otras ocasiones (el curso en Amigos del Arte dictado

⁹ “Buenos Aires quadrata. [...] Falso lo de cosmópolis. Vive B[uenos] A[ires] del cosmopolitismo pero no es cosmopolita. Lo certero de los instintos en ellos como los de un romano quadrate”. AOG, NT, carpeta “Actualidad I: mundo y vida actuales”, subcarpeta “Argentina. Hispano-América”, 10/5/8/f°1.

¹⁰ AOG, NT, carpeta “Autobiografía”, subcarpeta “Argentina 1940”, 20/12/8/f°2.

¹¹ HG, 1940, III, f°192-193.

¹² “La historia nos permite reconstruir la génesis de la colectividad a que hoy pertenecemos, cuya figura social característica es —me refiero a *boy*— lo que llamamos “nación”, revelándonos esa historia las variaciones de esa figura hacia atrás”. HG, 1940, IV, f°232.

¹³ *Meditación del Pueblo Joven*, OC, IX, 262 *sqq.* La conferencia tuvo lugar en el edificio de la Municipalidad de La Plata el 27 de noviembre de 1939.

¹⁴ En este acto, que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1939 en el Museo Nacional de Arte Decorativo de Buenos Aires, Ortega compartió la cátedra con el presidente de la República, Roberto Ortiz, y su vice-presidente y futuro sucesor, Ramón

en paralelo), personalidades de cuño similar pudieron asistir a sus conferencias¹⁵, esta vez el marco político era cuando menos oficial.

En estas circunstancias, Ortega se lanzó en un alegato auténticamente hispanista, al explicar que no fue la obtención de la Independencia la que empujó las ex-colonias españolas como Argentina hacia caminos divergentes de la metrópoli, sino que al contrario “la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente, crece y subsiste en la etapa colonial”. Es este esquema, la independencia de las colonias no era sino “la manifestación más extrema y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto, que precisamente a la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección”¹⁶. Después de la independencia, Argentina prefirió buscar sus modelos culturales en las “disciplinas de la civilización francesa” —lo mejor que podía hacer en aquel momento, estimaba Ortega—; pero de este modo los Argentinos vivieron durante casi un siglo “vueltas de espaldas a la metrópoli, suspicaces y hostiles hacia ella”. Desgraciadamente, este “hermetismo” respecto a la cultura española tendía a perdurar, lo que le era perjudicable para el país, porque prescindía así de su propia historia:

“Lo malo es que están los Argentinos hermetizados, oclusos [sic] para el pasado español que es —quieran ustedes o no— su pasado, el único largo pasado que ustedes tienen y pueden tener. Y como el pasado [...] es el capital, el tesoro histórico, esta cerrazón hacia el pasado español de ustedes les hace vivir sin tesoro. [...] [Equivale a] cortar su única comunicación con las fértiles profundidades de la historia universal”¹⁷.

El pensador parecía hacer alusión a la ola de hostilidad anti española que él mismo vio subir en el país austral entre uno y otro viaje; un anti-hispanismo que tenía que ver con la reivindicación indigenista como fundamento identitario, el anti-imperialismo como instrumento de liberación económica, y apostaba por la creación de una cultura auténticamente americana, librada de tutelas extranjeras.

Manifiestamente opuesto a estas teorías de la liberación, Ortega avanzó en otra ocasión muy cercana (sus charlas en Radio Splendid en diciembre de 1939) otro argumento para refutarlas. Explicó en una de estas conferencias precisamente tituladas “Meditación de la Criolla” que los Argentinos eran un pueblo *criollo*, en el sentido específico que el término adquirió en este país, cuya demografía se caracterizaba tanto por el aluvión inmigratorio como por la debilidad del componente indígena. El *criollo* no era tanto el mestizo como el extranjero “argentinizado”. Ortega desmentía de esta forma la idea según la cual la identidad nacional puede fundarse, como se intentaba hacerlo en el mismo momento en otros países del continente, en una base indígena que, en Argentina, estaba casi ausente. Sin embargo, reconocía que el sustrato indio pudo tener, “como ingrediente secundario o terciario”, un papel en la configuración de este pueblo: “Una gota de sangre india, sobre todo si fue de las mejores castas amerindias [...].

Castillo; así como con el senador de la Provincia de Buenos Aires, Matías Sánchez Sorondo, conocido por sus tendencias pro-fascistas; el escritor católico y antisemita y pro-nazi Gustavo Martínez Zuviría; Carlos Ibarguren, historiador partidario del “revisonismo” rosista. Estaban también presentes, entre otros, el arzobispo de Buenos Aires Luis Santiago Copello, favorable a la causa franquista, y el diplomático de Franco, Francisco de Amat. Ortega, no sin malicia, saludó en su discurso a otro asistente de prestigio, Avelino Gutiérrez, cuya presencia en aquel acto debió provocar cierto malestar porque eran conocidas sus tomas de posición anti-franquistas. Ver “En magna ceremonia la Institución Cultural Española celebró su fecha”, *La Nación*, 17. IX. 1939. Ortega le debía mucho a la ICE, como bien lo muestra Marta CAMPOMAR en “Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española”, en *Ortega y la Argentina*, José Luis Molinuevo, coord., 1997, p. 119-149. El pensador lo sabía, y no olvidó darle las gracias a Rafael Vehils, el director de “La Cultural”, como se la suele llamar, por haberle acogido en anteriores ocasiones.

¹⁵ La prensa da así constancia de la presencia, entre el público de sus clases, de personalidades como el Ministro de Justicia e Instrucción Pública Jorge Coll, del encargado de negocios de la embajada española, o de Manuel Fresco, gobernador de la Provincia de Buenos Aires conocido como el “Duce de La Plata”. Ver “Dio ayer su segunda conferencia el filósofo español José Ortega y Gasset”, *El Mundo*, 5. X; 1939, y “Conferencias. El Sr Ortega y Gasset pronunció ayer la cuarta de sus disertación”, *La Prensa*, 25. X. 1939.

¹⁶ “Brindis en la ICE”, OC, V, pp. 446 *sqq.*

¹⁷ HG, 1940, IV, f°229 y f°232.

es un fermento, una vitamina, que por sí no es nada, pero que excita las sustancias positivas del alma criolla”¹⁸. Esta teoría de la “gota de sangre” parece hoy un tanto desfasada, aunque se orientara más hacia la idea de herencia cultural que la de transmisión genética. La identidad criolla, según Ortega, se forjó a partir de la cultura española, la del conquistador, *sazonada* con la “vitamina” india, y pasó a transmitirse a los sucesivos pioneros, fuese cual fuese su nacionalidad. El pensador se negaba así a tomar en cuenta la aportación de otras culturas a una sociedad argentina que en 1940 ya era, si no multiétnica, por lo menos multinacional.

Para completar su crítica de la vertiente antiespañola del nacionalismo latinoamericanista, Ortega le oponía en su “Brindis en la ICE” un argumento de refutación inspirado en la razón histórica, que le parecía definitivo. Para el filósofo, la hispanofobia era ni más ni menos que un contrasentido histórico ; Argentina *siendo* España, bajo la forma de *haberlo sido*, el hecho de aborrecer España recaía en odiarse a sí misma. La única solución racional era por lo tanto reconocer esta herencia —tan sólo para poder, después, sobrepasarla. Según Ortega, la “hispanidad” era un fondo común de creencias colectivas, de usos, que modelaban a la par la metrópoli y sus excolonias, que todos compartían, y que operaba sobre ellos sin siquiera que se enterasen. Así enlazaba el pensador sus aportaciones a un debate de candente actualidad con el cuerpo de sus teorías sociológicas sobre usos y creencias.

Herencia hispánica, porvenir americano

¿Cuál era, por lo tanto, el porvenir de América según Ortega? Su destino procedía de su pasado: era una unión americana, que ya existía, de modo subterráneo, en los planos social y cultural, y que algún día tendría una forma política, aunque fuese ésta una manifestación superficial de un estado de cosas mucho más profundo, de un “estilo de humanidad”. En sus discursos porteños, Ortega retomaba así la demostración que en el “Prólogo para franceses”, redactado en plena Guerra Civil española, le servía para demostrar la existencia de una Europa culturalmente y socialmente unitaria. Esbozando en unas palabras la evolución de las formas de sociedad desde la tribu primitiva hasta el Estado-Nación moderno, predecía la superación de las formas nacionales en unidades más vastas de coexistencia y mando político¹⁹. Lo que valía para Europa valía aún más para la América hispánica, cuyos países ya constituían un mismo “repertorio de formas de vida”, ya compartían usos fundamentales: “habla, sangre y pretérito españoles”²⁰.

Ortega, sin embargo, parecía no haberse despojado del todo de cierto paternalismo en su visión de la misión cultural de España en América, aunque su hispanismo se definiera en términos culturales más que políticos y tampoco se basara en una improbable identidad eterna de España. Según Ortega, la influencia de España en América debía estimularse y reforzarse, porque esta cooperación era, para los Americanos, el instrumento de la construcción del porvenir. Apuntó en una nota de trabajo un condensado de su modo de pensar al respecto:

“Hispano americanismo. El hispanismo tradicional, sanguíneo de los americanos es sin duda una potencialidad para el influjo de España en Centro y Sud-América. Pero solo una potencialidad junto a otra —por ejemplo junto a la necesidad de recibir elementos para la vida actual. Para que la potencialidad pase a *actualidad* es menester que seamos nosotros para ellos no españoles sino actuales”²¹.

Para España, era un todo desafío, porque debía mostrarse un modelo a la altura. Por ello Ortega se empeñaba en repetir a los Argentinos, como en aquella conferencia de 1940 sobre Juan Luis Vives, que era falso decir que “Europa está muerta”: en esta constatación, ya común en tiempos de la Primera Guerra mundial, se fundaban los nacionalistas americanos para justificar su pretensión a la autonomía moral, cultural y política. El pensador español

¹⁸ *Meditación de la Criolla*, OC, IX, 254 *sqq.* Estas cuatro charlas radiofónicas tuvieron lugar entre finales de noviembre y principios de diciembre de 1939.

¹⁹ HG, 1939, VI, f°119-120.

²⁰ “Brindis a la ICE”, OC, V, p. 448. Y, p. 447: « La forma de comunidad existente entre las naciones Centro y Sudamericanas y España es una realidad que subsiste más allá de toda voluntad o de todo capricho que quiera negarla o destruirla. [...] Hay unidad social, hay comunidad —quíerase o no— cualquiera que sea la independencia y aun la autoridad de los Estados »

²¹ AOG, NT, carpeta “Argentina. Hispano-América”, 10/5/8/P2.

estimaba que difundir tales ideas entre los pueblos jóvenes era extremadamente grave, porque contribuía a su “radical desorientación”²².

Ortega tomaba por lo tanto de forma singular la noción de hispanidad, que concebía como una noción dinámica, atravesada por un doble movimiento: por un lado, la exacerbación de las diferencias nacionales, que aparecieron desde el mismo momento de la Conquista e hicieron de España y cada una de sus colonias unas realidades sociales distintas; y por otro lado, la unificación socio-cultural de estas naciones, que empezó a operar de forma subyacente a toda política, más allá y a veces en contra de ella, después de la Independencia. Lo cual le permitía al pensador situarse a la vez en contra de la visión “imperialista”, o sea, española de la Hispanidad (al afirmar que la comunidad cultural hispano-americana sobrepasaba la voluntad política y que estaba tejida de diferencias), y en contra de las visiones nacionalistas anti-imperialistas (americanas) que proclamaban la radical heterogeneidad del Continente respecto a la realidad española.

Una vez más, Ortega afirmaba que su propósito no era nada político y no se destinaba a ninguna propaganda inspirada en un “proselitismo patriótico español”²³. Pero su mensaje era una arma de doble filo. Dirigido a los hispanófobos que habían vuelto la espalda a la península, coincidía en cierta medida con la reivindicación españolista de la derecha argentina y del régimen de Franco²⁴. Estas afirmaciones se revelaban providenciales para una diplomacia franquista en búsqueda de legitimidad, que intentó en seguida captar a Ortega para hacer de él un adalid de la Hispanidad a lo franquista.

Ortega, ¿adalid de la Hispanidad?

La propaganda franquista hacia América: Ortega en el Consejo de la Hispanidad

Desde la Guerra Civil, las autoridades franquistas articularon en efecto sus discursos propagandísticos entorno al concepto de Hispanidad, que pretendía aglutinar todas las naciones de raíz hispánica alrededor de un eje común, según la idea de “comunidad de destino en lo universal” lanzada por José Antonio Primo de Rivera (no sin ribetes orteguianos), transpuesta desde la realidad española hacia la colectividad americana. El discurso falangista sobre América Latina adoptaba una retórica nostálgica del colonialismo para enmascarar propósitos neo-imperialistas,

²² “Es inexacto del todo el decir —como a veces se oye decir por quien no debía decirlo— que Europa ha muerto. No quiero entrar en la materia, pero no quiero ser cómplice de que eso pueda decirse ante estos países jóvenes, porque sería, de todas las cosas, la más grave para desorientarlos y despistarlos radicalmente”. “Juan Luis Vives y su mundo” (Conferencia en el Colegio Nacional de Buenos Aires, 12. XI. 1940), OC, IX, 441-470. En esta conferencia académica, organizada por la ICE, no faltaron tampoco en la asistencia personalidades políticas que encarnaban la amistad hispano-argentina: Coriolano Alberini, el Vice-Rector de la Universidad de Buenos Aires, Carlos Ibarguren, presidente de la Academia Argentina de Letras, el nuevo ministro de Justicia e Instrucción Pública Guillermo Rothe, así como una delegación diplomática española: el embajador Magaz, el ministro-consejero Buenaventura Cano y el cónsul Eduardo Becerra. Informaciones proporcionadas en “Juan Luis Vives será recordado en el cuarto centenario de su muerte. Pronunciará mañana una conferencia José Ortega y Gasset”, *La Nación*, 11. XI. 1939, y “La Institución Cultural Española celebra a Vives y a Saavedra Fajardo”, *La Nación*, 13. XI. 1940.

²³ HG, 1940, IV, f°228-229. « [Mis motivos son] inspirados no en un proselitismo patriótico de español sino en un puro doctrinar sociológico ». *Idem*, f°232.

²⁴ Sobre la propaganda franquista, y sobre todo falangista, en el continente suramericano durante la Guerra Civil, ver “Las representaciones oficiosas del Gobierno de Burgos y la tarea de canalización de la propaganda rebelde”, en Lorenzo DELGADO *et al.*, *L’Espagne, la France et l’Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XX^e siècle*, Paris: L’Harmattan/CSIC, pp. 218-230 ; Amparo PACHECO *et al.*, “La intervención política de los sublevados en Hispanoamérica: el papel de la Falange”, en Octavio Ruiz Manjón & Miguel Carlos Gómez Oliver, coords., *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española, vol. I*, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1990, pp. 135-144. Sobre las características ideológicas de las corrientes hispanistas argentinas y sus referentes españoles, ver Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, « El hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946) », *Hispania*, vol. LXVII, n°226, 2007, pp. 599-642.

como respuesta a la pérdida de velocidad de la dominación española en el continente, amenazada por el auge del poder norteamericano. Pero España rápido abandonó la vertiente política de este imperialismo (que, de todos modos, no estaba a su alcance) para concentrarse en el aspecto cultural, religioso e ideológico de la Hispanidad. Se intentaba jugar la baza del prestigio cultural, por ejemplo financiando viajes de conferenciantes españoles a América o subvencionando revistas o asociaciones acordes con su ideología.

En cuanto a la actitud que debían adoptar los servicios diplomáticos franquistas respecto a los españoles afincados en el país, el Ministerio de AAEE les recomendaba favorecer “la paulatina integración en la causa común del engrandecimiento de España de todos aquellos individuos que actuaron engañados por los enemigos de la patria o que solo tuvieran leves culpas”²⁵. Ortega, con su pasado de intelectual laico y de promotor de la Segunda República, no estaba exento de culpas a ojos de la diplomacia franquista pero su estatura de intelectual internacional hacía de él un individuo interesante de captar para la causa “nacional”. Es verosímil que se hubiera beneficiado de esta orientación de la diplomacia franquista, que buscaba la legitimización y reconocimiento exterior del régimen, así como la implantación de una red eficiente y discreta de propaganda en América latina.

En esta línea propagandística, el Ministerio de AAEE español, Ramón Serrano Suñer, decidió dotarse de un nuevo instrumento: el Consejo de la Hispanidad (CH), instaurado por decreto el 2 de noviembre de 1940. El proyecto de este organismo era de concretar la voluntad de proyección exterior del régimen franquista, para consolidar a la vez su presencia en Latinoamérica y su posición en Europa frente a una Alemania omnipotente²⁶. Aunque nunca fue realmente operativo —estuvo de hecho paralizado a partir del momento en el que Franco emprendió su viraje pro-aliado, reemplazando en particular a Suñer por el Conde de Jordana²⁷— es interesante destacar cuál era la composición de este organismo, fijada en enero de 1941.

Bajo la dirección de Manuel Halcón, comprendía a más de 50 miembros entre los cuales se encontraban dirigentes falangistas, varios religiosos y militares, algunos empresarios y un conjunto de figuras de la cultura española, tales como Ignacio Zuloaga, Manuel de Falla, Manuel García Morente, Ramón Menéndez Pidal y... Ortega y Gasset. Es cierto que, en palabras de Ángel Ossorio y Gallardo, ex-embajador de España en Argentina, estos últimos nombres “están puestos para disimular”²⁸. En cuanto a Ortega, no existe raso en su correspondencia o archivo de ningún trámite previo o posterior a este nombramiento. No sabemos hoy si Ortega estaba al tanto de su promoción en cuanto consejero, si la aprobó o no, o si sólo se enteró de ella mediante la prensa.

Recuperaciones derechistas de las teorías orteguianas

Lo que en cambio se sabe es que durante la etapa de su exilio porteño, Ortega tuvo relaciones, si no cordiales, por lo menos regulares con el personal diplomático español en Buenos Aires. En 1939, el encargado de negocios de la

²⁵ Lorenzo DELGADO, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA & Marisa GONZÁLEZ, “La dinámica franquismo/oposición en Argentina: un ensayo de interpretación (1936-1950)”, en Javier Tusell, Alicia Alted & Abdón Mateos, comps., *La oposición al régimen de Franco*, vol. II, Madrid: UNED, 1990, pp. 288-289.

²⁶ Lorenzo DELGADO, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica (1939-1953)*, Madrid: CSIC, 1988, pp. 54-55 y 74.

²⁷ Ver Javier TUSELL, « Un giro fundamental en la política española de la Segunda Guerra mundial: la llegada de Jordana al Ministerio de Asuntos Exteriores », dans M. Tuñón de Lara (dir.) & J. L. García Delgado, (éd.), *El primer franquismo. España ante la Segunda Guerra mundial. V Coloquio sobre Historia contemporánea de España*, Madrid: Siglo XXI, p. 281-294.

²⁸ Su descripción de la composición del CH no tiene desperdicio: “En él se han incluido los nombres de tres españoles de valía: Menéndez Pidal, Falla y Ortega y Gasset. Los tres, casualmente, fugitivos de España. [...] El resto, hasta cincuenta, son tres generales y un coronel (buenos representantes de la intelectualidad), seis frailes y dos obispos (buenos representantes de la tolerancia), seis jefes de la Falange y unos cuantos funcionarios tan falangistas como anónimos. [...] la lista advierte que la unidad de poder se quiere cimentar sobre la fuerza y sobre el partidismo político. *Los tres nombres intelectuales están puestos para disimular* ». ÁNGEL OSSORIO Y GALLARDO, « El imperialismo de Franco. El Consejo de la Hispanidad », *El Tiempo* [Bogotá], 27. IV. 1941. Subrayado nuestro.

Embajada franquista estaba presente durante el acto del 25° aniversario de la ICE, y asistió a su primera lección en los Amigos del Arte; al año siguiente, el 12 de noviembre de 1940, el embajador Magaz asistió a una conferencia que dio Ortega en el Colegio Nacional de Buenos Aires sobre Juan Luis Vives. El 30 de noviembre de 1940, el filósofo invitó al agregado de prensa de la embajada franquista, José Ignacio Ramos, a asistir a una de las clases que daba sobre *La razón histórica* aquel semestre en la Facultad de Letras de Buenos Aires.

El agregado de prensa franquista acogió gratamente las tesis de Ortega sobre la hispanidad consustancial de Argentina y su defensa de la preeminencia cultural en el continente de una Europa lejos de estar “muerta”. Y aunque el pensador se negara a hacer propaganda o “proselitismo patriótico español”, los diplomáticos franquistas iban a encargarse de ello. La revista *Orientación Española*, boletín del Despacho de prensa y propaganda de la embajada española en Argentina, editado desde septiembre de 1937, publicaba a finales de 1940 un artículo titulado “Ortega y Gasset en Buenos Aires”, en el cual los desarrollos del autor sobre la hispanidad e Argentina, la presencia plurisecular de España en el continente y la impronta profunda que allí dejó se trasponían en el marco del discurso propagandístico exterior del régimen español.

En los círculos político-culturales de la derecha nacionalista argentina, el discurso hispanista de Ortega también tuvo mucho eco, en particular entre los comerciantes e industriales de origen español cuyos negocios estaban vinculados a los de la “madre Patria”. Estos círculos, desde el inicio de la Guerra Civil, constituían el grueso del apoyo social a la causa franquista, y junto con la jerarquía católica argentina, suscribían a la política represiva llevada por el gobierno, inquieto por la fuerte movilización popular a favor de la República y el aflujo creciente de refugiados²⁹.

Un ejemplo del eco favorable que despertaban las teorías orteguianas sobre la nación argentina puede encontrarse en el diario *Argentine*, que reseñaba así su clase de Amigos del Arte sobre la sociología urbana porteña:

“Observador agudo como es, el erudito escritor español no podía dejar de ver y anotar los rasgos que en esta triste actualidad nuestra se imponen como fundamentales. [...] [Destacó] la suma del arrollador aporte inmigratorio de hombres y colectividades extranjeras que nada, absolutamente nada, tienen de común entre sí ni con nuestro país. [...] Ahí está, pues, a lo que nos ha llevado el absurdo y criminal afán de poblar con los de afuera inspirado en la conocidas frasecitas de Alberdi y de Sarmiento, ese par de ciudadanos que tan no sintieron nunca el orgullo de la patria y de la raza que no vacilaron en ponerlo a los pies de los pueblos extraños, abriendo así los caminos a la invasión extranjera que hoy padecemos y amenaza con la desaparición total de todo lo que es nuestro por la tradición y por la sangre”³⁰.

Este periódico no dudaba en dar de las teorías orteguianas una interpretación nacionalista y xenófoba más acorde con su propia línea editorial que con el sentido de la filosofía del pensador español; aun así, esta reseña viene a mostrar cuán ideológica era la recepción de sus conferencias, pretendidamente apolíticas. Sus tesis tuvieron especial éxito en los círculos intelectuales de derechas, mientras Ortega se iba alejando del medio académico en el cual se había insertado durante sus precedentes estancias argentinas.

La recepción politizada del Ortega de postguerra

Una de las características notables del exilio porteño del filósofo es en efecto el viraje que tomaron sus relaciones sociales con respecto a sus anteriores viajes. Ortega sufrió sin duda de cierto aislamiento social y no consiguió recuperar el puesto de maestro indiscutible que posiblemente pensaba recobrar al llegar a Buenos Aires, y sobre el

²⁹ Sobre el impacto de la Guerra Civil española en Argentina existen numerosos trabajos entre los cuales puede citarse Sur l’impact de la Guerre civile espagnole en Argentine, voir Mónica QUIJADA, *Aires de república, aires de cruzada: la guerra civil española en Argentina*, Barcelona: Sendai, 1991; y Silvina MONTENEGRO FERNÁNDEZ, *La Guerra Civil española y la política argentina*, tesis de doctorado, Madrid : Complutense, 2006, online.

³⁰ “Nuestra triste realidad”, *Argentine* [Buenos Aires], 1940, recorte de prensa presente en el AOG, fondo “Papeles de interés biográfico”, PB-232/31.

que apostaba para reconstruir su vida profesional. Ello se debió, en primer lugar, al hecho de que el entusiasmo filosófico que había despertado entre los universitarios argentinos se enfrió bastante, por matizar éstos la originalidad de su pensamiento y consultar directamente las fuentes de la que bebía el pensador madrileño³¹. En segundo lugar, el aislamiento que padeció se debía desgraciadamente a factores políticos. El ambiente social se había radicalizado con la Guerra Civil española, y el silencio político de Ortega, salpicado con aserciones ambiguas como las que hiciera en textos como “El derecho a la continuidad” o “En cuanto al pacifismo”, ambos publicados en *La Nación*, se interpretaron como un apoyo enmascarado a la causa franquista o por lo menos como una defección respecto a su republicanismo de antaño. Por esta razón, muchos intelectuales comprometidos y progresistas se alejaron de él³².

Paralelamente, al llegar a Buenos Aires, el pensador se vio cortejado por una nebulosa de autores, revistas y grupúsculos políticos³³ caracterizados por su catolicismo militante, su nacionalismo pro-hispanista, su apoyo al régimen franquista y su antiliberalismo ora tradicionalista, ora autoritarista, no exento de admiración hacia el modelo fascista. Ortega se leía y apreciaba en estos círculos, en los que le introdujo el joven Máximo Etcheopar, con el cual Ortega trabó amistad durante su exilio³⁴. Aunque, según Etcheopar, el filósofo nunca profesó la menor opinión política en sus reuniones con estos autores de esta derecha extrema, el hecho de que se reuniera con ellos y les inspirara de forma tan nítida indica que algo más que simples relaciones sociales o de amistad estaba allí en juego. Este acercamiento quizás se debió a afinidades de orden intelectual más que ideológico; pero fue suficientemente notable como para que Ortega se encontrara casi totalmente aislado de los círculos intelectuales progresistas, demócratas y liberales en los cuales estaba integrado durante sus anteriores estancias argentinas, y ello no sólo por razones estrictamente intelectuales.

Aun así, no todas las derechas latino-americanas se mostraban pro-orteguitas : los nacionalistas más virulentos criticaban la influencia “perniciosa” de Ortega en algunos círculos intelectuales como el grupo de *Sur* o el de los *Contemporáneos* en México, calificados despectivamente de “europeístas” o de “cosmopolitas”³⁵. La acusación, en tiempos de guerra mundial, era grave: equivalía a tachar a los intelectuales de inspiración orteguita de secuaces del cosmopolitismo y del imperialismo occidental. Estos mismos “cosmopolitas” acusaban a su vez a los grupos

³¹ Ver Javier ZAMORA, *Ortega y Gasset*, p. 436.

³² Ver Tzvi MEDIN, « Ortega y Gasset en la Argentina : La tercera es la vencida », *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. II, nº 2, 1991, p. 25-37. Nuestra tesis (pp. 315-340) repasa en detalle las razones por las cuales Ortega llegaba con cierto recelo a la capital argentina: la publicación clandestina de obras suyas por una editorial “pirata” de Chile; la captación de parte del catálogo de la Revista de Occidente por Gonzalo Losada después de romper con Espasa Calpe; su ruptura de tres años con *La Nación* después de la publicación de Alfonso de Lafrère, “La idolatría del intelectual”, despectivo hacia él; su alejamiento de la revista *Sur* fundada por su amiga Victoria Ocampo después de su polémica con la revista nacionalista *Sol y Luna*; o los testimonios de amigos suyos que habían emigrado o viajado a Buenos Aires, como Manuel García Morente, María de Maeztu o Gregorio Marañón, y le habían avisado de la radicalización de la sociedad porteña.

³³ Como representantes de estas corrientes, citemos la *Acción Católica Argentina*, los *Cursos de Cultura Católica*, los diarios *Criterio* y *El Pueblo*, o las revistas *Baluartes*, *Crisol*, *Sol y Luna* o *Nueva Política*.

³⁴ Como lo atestigua Máximo Etcheopar, “*La rebelión de las masas* era una expresión de lo que sin demasiada falsificación de las ideas cabe llamar una visión política de derecha. Es un libro que coincidía con el modo de sentir del grupo, proeuropeísta y antiyanqui, y nos adherimos también a su teoría, ya desarrollada en *España invertebrada*, de las minorías selectas. También nos marcó en especial el penúltimo capítulo titulado “¿Quién manda en el mundo?”. Nosotros creíamos, luego de la victoria de Franco y con la guerra mundial en ciernes, que en la historia de Occidente se daba la gran oportunidad de confrontar las ideas y fuerzas del orden de raíz tradicional contra lo que conceptuábamos como la barbarie soviético marxista. El mundo occidental que defendía los valores de la libertad y la democracia era considerado por nosotros como carente del vigor histórico necesario para la lucha. Y cuando Ortega escribe que no hay quien mande en el mundo lo interpretamos como una invitación”. Entrevista con M. Etcheopar, 1. IX. 1989, en Tzvi MEDIN, art. citado.

³⁵ Tzvi MEDIN, “Una paradoja aparente: eurocentrismo y nacionalismo orteguitas en Hispanoamérica”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, nº5/ 2, 1994, p. 5-22. El autor cita el artículo de José E. ITURRIAGA, “La germanofilia de Ortega”, *Letras de México*, 15. X. 1941, que señala la formación alemana del filósofo sin verter en la acusación política.

nacionalistas católicas e hispanófilos de promover una concepción xenófoba de la identidad nacional. El orteguitismo — en suma, y no sin ciertas paradojas — que se debían sin duda a la ambigüedad de su propio pensamiento — estaba presente en los dos bandos que se enfrentaban alrededor del concepto candente de nacionalismo hispanoamericano.

En suma, a pesar de sus precauciones retóricas, sí se interpretó políticamente al Ortega del exilio. Sus teorizaciones sobre la idiosincrasia del porteño y la herencia española de Argentina se vieron, desde Buenos Aires, como la justificación de cierto nacionalismo hispanófilo y reaccionario, y desde España como apoyos teóricos muy oportunos respecto a la búsqueda de legitimidad tanto interna como externa del régimen. ¿Ortega, campeón de la Hispanidad? Si el carácter politizado de su hispanismo puede discutirse, seguía siendo éste el terreno en el cual el filósofo encaraba su porvenir profesional y sus próximas intervenciones intelectuales en tierras americanas.

“Conocimientos del hombre”, un gran proyecto inacabado y sus implicaciones políticas

La nueva empresa editorial orteguita

La participación más notable de Ortega a la política hispanista, aunque fuese inacabada, es el proyecto editorial “Conocimientos del hombre”. Ya se conoce el tenor de este proyecto³⁶ que debe comprenderse en el marco de la colaboración de Ortega con Espasa Calpe, una editorial floreciente fundada en 1925 por su amigo Nicolás María de Urgoiti, y con la que siempre colaboró. Durante la Guerra Civil, las actividades de Espasa fueron paralizadas y su filial argentina tomó el relevo con gran éxito. Durante su exilio argentino, Ortega pasó a ejercer —gratuitamente— una actividad de asesor para esta editorial.

Este trabajo apuntaba a obtener de Espasa Calpe la dirección de una colección editorial: “Conocimientos del hombre”. Ortega venía elaborando desde varios años este proyecto que pretendía ir mucho más allá de una simple biblioteca de autores universales, ya que debía completarse con un boletín bibliográfico y con un programa de cursos publicitados por el mismo boletín, que se publicarían luego dentro la colección. Se trataba pues de un circuito auto-alimentado, con el cual el filósofo pensaba recrear de cierta forma el núcleo de la Revista de Occidente y su tertulia, recobrar su magisterio intelectual y dinamizar el mercado editorial suramericano. Tal como lo escribió en un informe sobre su proyecto:

“... dado el apetito existente en el mercado por varias razones —entre otras cosas por el vacío de producción en ese orden durante los últimos siete u ocho años— constituiría a la vez un éxito editorial y una automática restauración de la dirección española en la vida intelectual. (...) En suma, suscitar inesperadamente un movimiento de circulación intelectual *con medios y fuerzas españolas*”³⁷.

Se trataba para Ortega tanto de competir con las editoriales “rojas” como Losada — el término se encuentra varias veces bajo su pluma en su correspondencia de la época — como de restaurar la preeminencia cultural de España en Latinoamérica. Por otro lado, le garantizaría una “estricta independencia” respecto a los medios e instituciones culturales argentinos, y cierta tranquilidad material porque Ortega ya no quería “vivir de los ingresos fluctuantes y, a la postre, problemáticas” de sus propias publicaciones en prensa e edición.

³⁶ Ver Azucena LÓPEZ COBO, “Un proyecto cultural de Ortega con la editorial Espasa-Calpe (1918-1942)”, *Revista de estudios orteguitas*, nº26, 2013, p. 23-78 y Marta CAMPOMAR, “Ortega y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina”, *Revista de Occidente*, nº 216, 1999, p. 99-116.

³⁷ AOG, fondo “Papeles de interés biográfico”, Informe “Incidente editorial con Espasa Calpe”, PB-292/14/fº2. Subrayado nuestro.

Obstáculos políticos al proyecto

Ortega expuso su proyecto a Manuel Olarra, director de la filial argentina de Espasa, quien le explicó que la casa madre estaba entusiasmada con su proyecto. Pero el pensador pronto se desengañó, al explicarle Olarra que las autoridades españolas no lo avalarían, porque intervenían cada vez más en la política editorial local. La censura, por ejemplo, había “mostrado su disgusto” porque “las obras de autores de prestigio como usted” deberían publicarse en España en vez de en Argentina³⁸. El proyecto, pues, se quedó a la espera, y Ortega continuó mientras tanto con su programa de intervención intelectual con una serie de artículos para *La Nación*, en julio-agosto de 1940, y una nueva campaña de cursos y conferencias, que le tuvieron ocupado de septiembre a noviembre de 1940, es decir cuando se le nombró en el Consejo de la Hispanidad. La diplomacia franquista, propensa a utilizar el nombre de Ortega para sus fines propagandísticos, no parecía dispuesta en cambio a respaldar sus proyectos personales.

A lo largo del año siguiente, sus relaciones tormentosas con Espasa Calpe acabaron por tener razón de su paciencia. Ortega, durante el año 1941 — el más duro de su vida, según le confesó a Victoria Ocampo en una conocida carta— se hundió en una tremenda depresión. Tan sólo en marzo, le llegó la noticia de que el consejo de administración de Espasa Calpe se había negado, dos meses antes, a concederle la dirección de una colección. Esta negativa era catastrófica para él, tanto en el plano moral como económico. Después de vehementes intercambios de correos, Ortega rompió definitivamente sus relaciones con Olarra y Espasa Argentina, logró a duras penas recuperar sus derechos y retomó el proyecto por su cuenta. Pronto obtuvo un préstamo, tomó contacto con una imprenta y recibió propuestas de distribuidoras desde toda América: corrió la voz — por lo demás errónea— de que iba a recrear la Revista de Occidente; sin duda por medio de su amigo Antonio López Llausas, un editor español exiliado que fundó la editorial Sudamericana.

La ‘ultima ratio’ de la hispanidad

Para que Espasa Calpe cediera, Ortega había intentado utilizar sus más potentes contactos. Tal como lo explicó a su viejo amigo Serapio Huici, miembro del consejo de administración de Espasa España, su proyecto “constituye hoy la única acción española posiblemente eficaz en estas repúblicas, a parte de lo que en ella va de mis intereses propios morales y materiales. (El gobierno tiene conocimiento del proyecto que hice en su tiempo conocer al entonces subsecretario de prensa y propaganda Sr Tovar, el cual lo aprobó plenamente)”³⁹. Antonio Tovar, falangista de primera hora, era lector y conocedor de Ortega; le dedicó una larga elogiosa reseña en la prensa en ocasión de la reedición de *La rebelión de las masas*, en 1939; pero su apoyo, al parecer, no bastó para lanzar el proyecto orteguiano. Paralelamente, Ortega escribió un informe recapitulativo sobre su proyecto, que probablemente confió a su hijo Miguel cuando le visitó en Argentina, entre junio y julio de 1941, para que de vuelta a España le contara los eventos acaecidos a Ramón Serrano Suñer, que venía a ser un amigo personal. En este informe, que tampoco tuvo la eficacia esperada, se aclaran las intenciones subyacentes del nuevo proyecto editorial orteguiano: “mi biblioteca “Conocimiento del Hombre” —escribió Ortega en el informe— lleva la intención estratégica representada en su hora por el Caballo de madera insinuado por Ulises en Troya”⁴⁰. Lanzando un caballo de Troya de la hispanidad en tierras americanas: así pretendía Ortega obrar para la causa de la restauración de la “dominación” (sic) española en el continente. Un propósito que no se asemejaba a una colaboración con el régimen franquista, si se pasan por alto por sus concesiones a la censura⁴¹ y sus gestos deferentes

³⁸ Carta de Olarra a Ortega, 25. I. 1940, AOG, PB-291/3.

³⁹ AOG, Copia de la carta de Ortega a Huici, 29. VII. 1941, PB-292/9. Un facsímil de esta carta puede leerse en el artículo citado de Azucena López-Cobo.

⁴⁰ “Incidente editorial con Espasa.-Calpe Argentina”, PB-292/27, subrayado nuestro.

⁴¹ En 1940, en ocasión de la publicación de *Ideas y creencias* por Espasa Calpe España, Ortega aceptó rectificar el mismo los párrafos que suponían un problema para la Censura franquista, y ello con « la mejor voluntad de positiva colaboración », tal como lo explicó (quizás con cierta duplicidad) en carta a Olarra del 27. VIII. 1941, PB-292/21.

para con las autoridades diplomáticas o ministeriales franquistas... Porque Ortega siempre quiso mantener independencia y libertad de movimientos, para concebir él mismo las empresas que podrían contribuir al gran proyecto hispánico. Esta voluntad de independencia chocaba sin duda alguna con las directrices de los servicios de propaganda exterior y, de forma general, con los fundamentos de un régimen que sólo admitía adhesiones sin reservas. El proyecto orteguiano de restauración de la influencia española en Latinoamérica quedó inconcluso tanto por las reticencias argentinas como por los frenos españoles, y Ortega, desilusionado, decidió volver a Europa.

Para recapitular, puede afirmarse que el exilio argentino de Ortega giró alrededor de su tentativa de poner en marcha esta colección, que se convirtió en proyecto de editorial cuando Espasa le retiró su apoyo. La naturaleza de la empresa deja pensar que Ortega pensaba utilizar su prestigio e influencia intelectual para contribuir a restaurar la presencia cultural española en América, una presencia que sufría la competición de unos nacionalismos latinoamericanos en pleno auge, ya fuese su doctrina indigenista o xenófoba.

Dado el acento patriótico el proyecto orteguiano, ¿puede afirmarse que pretendía colaborar con la diplomacia franquista? Es cierto que su discurso coincidía con ciertos aspectos de la estrategia de penetración cultural de la Falange en Latinoamérica. Al parecer, Ortega fue más “recuperado” que voluntariamente implicado, como lo indica su nombramiento sorpresa en el Consejo de la Hispanidad. Pero a su vez, Ortega utilizó este apoyo diplomático institucional para obtener lo que necesitaba: información y apoyo para sus propios proyectos. Sólo después de sus desazones con Espasa Calpe utilizó Ortega sus contactos entre las autoridades españolas con fin de encontrar apoyo institucional para su empresa. Con todo, se destaca claramente de las fuentes que hemos podido consultar que su intención no consistía de ninguna forma en ponerse al servicio de la diplomacia franquista, aunque efectuó varios gestos deferentes destinados en realidad a facilitar su propia tarea. Ortega contemporizó con el régimen franquista, no se puede negar; pero no aceptó nunca perder su independencia de juicio y acción. “Conocimientos del Hombre”, no lo olvidemos, era una empresa destinada a garantizarle una plena independencia económica.

¿Porqué, entonces, fracasó este proyecto? La primera razón es que la España franquista no admitía, justamente, ninguna forma de independencia y sólo toleraba adhesiones sin reservas, sobre todo en este periodo de guerra mundial que marcó el clímax totalitario del régimen. La otra razón es que la Argentina de principios de los años cuarenta ya no era tan receptiva como la de los años diez ni veinte. Muchas transferencias culturales precedieron este exilio y en adelante los Argentinos querían ir directamente a las fuentes.

Quizás las ambiciones de Ortega hubiesen encontrado una acogida más favorable si hubiesen sido, justamente, menos amplias; si el filósofo no hubiese pretendido situarse *au-dessus de la mêlée* y darles lecciones de hispanidad con un tono todavía imbuido de paternalismo postcolonialista. Si Ortega hubiese, como otros exiliados españoles tal como Lorenzo Luzuriaga, Francisco Ayala, y aun Manuel Olarra, por citar sólo a éstos, aceptado trabajar al servicio de la cultura argentina y no por encima de ella, quizás hubiese recobrado su magisterio cultural.